LA CRUZ.

ODA.

CORDOBA.

Imp., lib. y litog. del «Diario de Córdoba.»
San Fernando 34 y Letrados 18.
1876.

A mi docto y singular amigo
D. Juan José Bueno como un
recuerdo del autor

LA CRUZ.

ODA.

Mundo! Sol esplendente
Que en los abismos de la vida lanzas
La viva lumbre de tu rayo ardiente:
Tú, que rompes del tiempo,
Envanecido, los eternos lazos,
Y bordas el magnífico ropage
Que tu orgullo engalana,
Haciendo alarde de tu fé cristiana,
Con las perdidas perlas que fecunda
El contínuo vaiven de tu oleaje:
Deja que empuñe el lábaro sagrado,
Que el corazon levante
Hasta la Sacra-Peña;
Y entre torres y muros derruidos,
Con mano vigorosa,
Su inmensa basa sobre escombros plante,
Tremole al viento la bendita enseña,
Y en pobres versos sus grandezas cante!

No el rudo batallar de tus legiones
Atruenen mis oidos;
Ni el augusto trofeo
Que levantaron mil generaciones,
Y con sangrienta garra

Hizo temblar la corva cimitarra
En las fértiles playas de Mnesteo;
Al empuje cruento, irresistible,
De fiera muchedumbre,
Alzar contemple con airada saña,
Entre el negro crespon de tus gemidos,
Rasgando el seno de la noble España.

No estremezcan las cuerdas de mi lira
Ese rumor lejano
Que allá... perdido zumba,
Entre los anchos pliegues
Donde se oculta el corazon humano
En la cárcel estrecha de su tumba!
Ni el ronco estruendo del cañon que estalla
En lucha gigantea,
Ministro de la muerte que pasea
De su mirada fulminantes rayos
Entre nubes ardientes de metralla,
Venga lívido espectro
A perturbar la calma
Que lejos gozo de tu falso brillo;
Deja que busque mundos á mi alma,
Rompiendo el férreo grillo
Que á tus frágiles glorias le sugeta,
Y sueñe ansioso la region sublime,
En que bebe su aliento y ambrosía
La inspiracion humilde del poeta.

Al sol que opaco su ardoroso disco
Muestras velado por tu densa nube,
Déjame recorrer el ancho espacio
Que al éter puro sube,
Magnífico palacio

Coronado de célicos misterios,
Donde vaga el espíritu y se abisma
Bajo el peso de inmensos hemisferios,
Rayos hermosos de la luz divina;
Déjalos que se filtren blandamente
De mi existencia en el trascurso corto,
Que engrandecen al hombre,
Si destellan su luz sobre su frente
Cuando atraviesan del Ocaso al Orto!

¡Dios... siempre Dios! la vista se estasía
En su ignota grandeza;
Los siglos á sus plantas
La débil frente tímidos asoman
Cual átomos perdidos...
Y entre soles, y mundos, y belleza,
Con sus vanas creaciones... se desploman!

¡Cómo recorre la memoria mia,
Rompiendo el denso velo del pasado,
El vasto panorama de la Historia
Misterioso... velado,
Al débil rayo de su incierta gloria!
En ráudos torbellinos
Alzanse magestosas
Las sombras de Alejandros, Constantinos,
Césares, Scipiones,
Sobre el marmóreo polvo de sus fosas,
Hollando audaces en fugáz carrera
Los despojos de pueblos y naciones.

Colosales titanes,
Por un rojo proscenio transitaron,
Génios fecundos, rayos de la guerra

Entre nubes de incienso;
A su poder inmenso
Que apenas pudo contener la tierra,
El mundo sujetaron!
Los ídolos cayeron.
Los ignorados tronos
Envueltos en la bruma
Que riza el mar en sábanas de espuma,
Al ronco acento de la ruda trompa,
En sus frágiles bases
Al estruendo fatal se estremecieron. .
¡Brillante estela de tan régia pompa!

De su nublosa edad límpido faro,
Cruza velóz el bólido fulgente;
Rápido meteoro,
Dilatadas esferas ilumina,
Y á su carro triunfal las encadena
Entre sangre, miserias y ruina...
¡El mundo es el vacío,
Que con su fuerte brazo
Y su poder y su bravura llena,
Llevando en pós uncidos
Al férreo yugo fuerte,
Del vencedor la brilladora espada,
Símbolo de la muerte;
Grito desgarrador de los vencidos,
Que hoy nos repiten con robustos ecos,
Al confuso rumor de las edades,
Aisladas tumbas en estrechos huecos,
Perdidas entre yermas soledades.. !

¡Colon, Cortés, Descartes, Galileo!
En las aéreas regiones

De esos lejanos mundos luminosos
Que lucen por el ancho Firmamento,
Formando exalaciones,
Que el aura besa y arrebata el viento:
En la desierta playa
Dó al tíbio rayo de la luna brilla
El cerúleo titan encadenado,
Y lánguido desmaya
Sacudiendo irritado la melena
Que humilde arrastra por la yerma orilla,
Vuestro nombre resuena!
Lo repiten los fuertes huracanes,
La ennegrecida roca,
Que rueda en espumosa catarata,
La hirviente lava, la tostada arena,
De inflamados volcanes,
Que abren hambrientos la tremenda boca
Y en honda cima su furor desata.

¡Gloria, poder, riquezas!
Talisman codiciado;
Campo sembrado de preciadas perlas,
Que el hombre cruza, vano,
Y avaro de placer, para cogerlas,
Tendiendo ansioso la traidora mano:
Ciudades, populosas,
Ricos veneros de bruñida plata:
De las cien puertas vasto Santuario
Que la vista dilata
En la estension inmensa de los tiempos
Bajo el blanco cendal de tu sudario:
Alcázares soberbios,
Engrandecidos al calor del llanto,

Regados con el pálido rocio,
Que el Señor poderoso,
En las espesas brumas del vacio
Recoge con las fímbrias de su manto:
Altos, ennegrecidos torreones,
Del valor y la fuerza
Pesado escudo, paramentos fijos,
Que de la enorme mole,
Aun conservais truncados paredones,
Rojos en sangre de tus pobres hijos:
Ocultos subterráneos,
De martirio y dolor vaso cruento:
Fosforescente pira,
Que alzásteis execrando monumento
A la cruda barbárie de la ira...
Pasad envueltos en la eterna noche,
Donde fecunda sus vistosas galas
El génio del orgullo,
Crisálida del mal, aprisionado
En su oscuro capullo,
Batiendo, informe, las brillantes alas!

No eres tú el mundo que mis pasos guia,
Esferoide fulgente
De luenga luminosa cabellera
Cabalgando veloz sobre los rayos,
De un sol ardiente por la vasta esfera;
No son tus escabeles
Alfombra de tegida filigrana
Con el verde matiz de tus laureles,
Marchitos al nacer, muertos mañana;
Ese mañana horrible,
Que entre confusas formas se levanta

Engastando á su fúnebre corona
Los despojos que el tiempo
En su rápido curso le abandona;
Perlas perdidas en sus negras conchas,
Por abismos profundos
Lanzadas, confundidas... trituradas
Con el inmenso peso
Donde gravitan infinitos mundos!
Fantásticos, sombrios,
Piérdense sus senderos dilatados,
Con lágrimas y errores
Amasado, en siniestros laberintos
Por mónstruos infernales
Allá en el fondo de tu impuro seno,
Cárdenos de rubor, en sangre tintos,
Bajo el raudo rumor del ronco trueno!
No eres tú el mundo que en mis sueños veo,
Cuando las crudas iras,
Con bárbaro furor desencadenan
Tus génios tutelares,
Y entre rotos altares,
Rayos despiden é irritados truenan:
La mano fratricida,
Alza el corvo puñal que agudo hiere
Cortando los estambres de la vida,
Rasgando sus efímeras creaciones,
Destruyendo insensato,
Al empuje feroz de hambrienta fiera,
Entre rojos, flotantes pabellones,
La augusta grada del Sagrado templo,
Silenciosa clausura, donde llora
La Virgen del Señor, estremecida,
De amor dechado y de virtud ejemplo!

Nó tus senos brumosos,
Donde torrentes despeñados brotan,
Sin sentir los albores de esos mundos
Que sobre el polvo de las tumbas flotan!
Nó tu ampulosa vanidad mentida,
De guedeja mortal hidra cruenta,
Que en la frente del hombre,
Grabas *«esclavitud»* con torpe mano,
Esplotas tu poder, y no te afrenta
Que aleve insultas al amor cristiano!
¡Cristiano tú... que excéptico fantasma,
Indómito resbala
Arrebatado por su sed ardiente!
Tú! que altivo coronas
Con los perfumes que la muerte exhala
La diadema que ciñes á su frente...
Sarcasmo es en tu lábio fementido
El nombre venerando!
Tú eres el mal que entre tinieblas ruge,
El Arcángel caído.
En las eternas llamas
De iracunda soberbia revestido.
Que al través de los siglos, desgarrando
Las fuentes rompes y el dolor derramas!

La cruz que enhiesta brilla,
— Al eco blando del *cinnor* sugeta,
En tus débiles hombros,
Entre nubes de escombros
Emulando los cantos del Profeta;
La que se alzó potente
Del Gólgota en la cumbre
Estremeciendo la culpable tierra,

Y al grito de agonía
Del Hombre Inmaculado,
¡Paráclito de Dios! las puertas cierra
A las horrendas cimas del pecado:
La que tiende los brazos
En un mar de universos luminosos,
Fuentes inagotables de consuelos,
Aurea corona de divinos lazos,
Escala de Jacob, cedro gigante
Cuyas ramas se pierden en los cielos
No es el muro sombrio,
De tu poder inícuo baluarte,
Cárcel estrecha dó imponente zumbas;
Ni el siniestro rumor que en las tinieblas
Resuena por tus hondas catacumbas...!

No! La divina enseña,
Luciente foco sobre negro abismo,
Espejo transparente,
Que disipa con rayos bienhechores
Las brumas del *moderno* paganismo;
La Eterna Fortaleza,
Que la mano del mal en vano cava,
Lirio del valle, cuya vida empieza
Donde la vida del dolor acaba;
A cuya inmensa sombra
Pasan los hombres y los siglos pasan,
Los tiempos se confunden
Unen sus lábios y en amor se abrasan:
No es flamígera espada poderosa
La guerra, la matanza,
La hirviente sangre que vertida humea,
El confuso rumor de la pelea

Ni el grito aterrador de la venganza!
No es el falso antifáz filigranado
De aleve hipocresía,
Víbora horrenda de implacable encono;
Es... la Aurora de Dios cuyos fulgores
El Paraninfo alado
Borda en hilos de luz desde su trono!

Y tú, Sacro Madero,
Azucena fragante
Regada con la sangre del Cordero,
De omnímodo poder, Tronco bendito,
Espacio inmensurable,
Mundo sin horizontes, infinito!
Del nuestro ahuyenta *las espesas nieblas*;
Su espíritu ilumina;
Haz que á raudales el torrente flote
Que se desprende de tu luz divina;
El Oleo Santo de su amor derrama,
Une á los hombres en sus nobles brazos,
De contricion con lágrimas anega
El abismo voráz de sus pasiones;
Y al esplendor de tu flotante llama
Por el indigno que á tus plantas ruega
Bajo el blanco sudario
Que de Dios en el trono resplandece
De brillantes centellas esculpido,
Haz que *luzca* en los tiempos
Bajo el amparo de tu dulce nombre
El precepto de amar, ¡perdon y olvido!

EDMUNDO MAC-COSTELLO.

Febrero 15[876.